

● De sorpresas está lleno el Festival. La última que pasó frente a los ojos tiene un nombre: Marcelina Cartaxo, la protagonista de *La hora de la estrella*, un filme de la brasileña Suzana Amaral como para estar aplaudiendo durante toda la noche, si no fuera por el final, brillantemente disfrazado para obtener una fuerza alegórica, pero folletinesco de lo que no hay remedio.

Tan llena de matices histriónicos y convincente resulta Marcelina, que el espectador se pregunta si esa mujer que aparece en la pantalla no será en la vida real eso mismo, una joven pobre, subdesarrollada mentalmente, símbolo por excelencia de los desarrayos que procedentes de lejanos pueblos llegan a las grandes ciudades en busca de una "oportunidad". Esta Macabea, fea hasta en el nombre con aires medievales, no necesita hablar para convencer. Detrás de esa actuación por supuesto que están las extraordinarias dotes de Marcelina Cartaxo, pero también la mano sensible de la directora del filme, que ha sabido transmitirle a cada uno de sus personajes, y a la historia en general, una fuerte carga de ternura, no rosada, sino humana. Y hay que incluir en esto último, aunque sin sorprendernos, la actuación de José Dumont, ese proyecto de novio de Macabea (Olimpico de nombre), que al igual que ella también ha llegado lleno de sueños a la gran ciudad procedente del norte. Dumont obtuvo el pasado año el Premio Coral de actuación, compartido, por *El bahián fantasma*.

El filme de la Amaral, sin grandes complicaciones argumentales, está recorrido por una carga de organicidad muy plausible en sus intenciones de pintar el universo de aquellos que, sin vivir en una fabela, se tambalean en la frontera de las frustraciones y las esperanzas. Hay un humor trágico en esta película que surge muy finamente a todo lo largo de la historia. El espectador sonríe una y otra vez, pero sin olvidar que lo que recibe es una realidad universal entregada (excepto en el final) de la mejor manera artística. Si no la vio, ¡cácelal!